

Viéndole ya rendido, sentóse Fulvio á su lado, y con acento blando é insinuante dijole:

—Ahora, Torcuato, escúchame: haz lo que te diga, y todo quedará arreglado. Te prometo casa, comida, ropa y hasta dinero para jugar, con sólo cumplir lo que yo te ordene.

—¿Qué debo hacer?

—Levantarte mañana á la hora que acostumbras; recobrar tu aspecto de cristiano y reunirte á tus amigos como si nada hubiese pasado; y luego estar pronto á responder á mis preguntas y tenerme al corriente de todo.

—En suma, ¡convertirme en espía y traidor!

—Llámalo como quieras, pero elige entre esto ó la muerte; sí, la muerte con todo el horror imaginable... Oigo á Corvino paseándose impaciente en el patio. Pronto: ¿por cuál de las dos cosas te decides?

—Por la muerte, no. ¡Oh, nó! todo menos la muerte.

Fulvio fué á reunirse con su colega y costóle no poco trabajo apaciguarlo, pues la cólera y el vino le tenían fuera de sí. Corvino, ocupado en otros negocios, había casi olvidado á Pancracio y á su maestro Casiano; pero la provocación de Torcuato había reanimado sus antiguos odios, y ardía nuevamente en deseos de venganza. Fulvio le prometió averiguar el paradero de Casiano, y por este medio consiguió que difiriese toda medida violenta.

Cediendo á sus ruegos, Corvino se retiró á su casa, y Fulvio fue otra vez al lado de Torcuato, á quien deseaba acompañar á todo trance para saber dónde residía. Torcuato, al hallarse solo, levantóse y principió á caminar de uno á otro lado para ver si podía calmar su agitación y recobrar el dominio sobre sí mismo; pero en vano. Los vapores de la embriaguez y las impresiones que había recibido le producían vértigos que trastornaban su cerebro. Parecía que el aposento iba dando vueltas á su alrededor y que iba á faltarle el suelo: sentíase enfermo, y casi hubieran podido oírse los latidos de su corazón. La vergüenza, el remordimiento, el desprecio de sí mismo, el odio á sus perseguidores, la desolación del propio aislamiento y la horrible desesperación del réprobo se amontonaban sobre su alma como un mar de negras olas. No pudiendo por más tiempo tenerse en pié, dejóse caer de bruces sobre un lecho de seda, ocultó las abrasadas sienes entre sus heladas manos y exhaló hondos gemidos. Pero todo seguía girando en torno suyo, y un sordo mugido resonaba en sus oídos.

En tal estado le encontró Fulvio al volver, y tocándole en el hombro, le invitó á salir con él. Torcuato al verle se estremeció, exclamando convulso y horrorizado:

—¡Caribdis!... ¡Será este Caribdis!

## SEGUNDA PARTE

### EL COMBATE

#### I

#### Diógenes

Las escenas que llevamos descritas se habían desarrollado durante una de esas treguas de aparente tranquilidad, más bien que de paz, que mediaban á veces entre dos persecuciones. Rumores siniestros y noticias de bélicos preparativos han herido ya de vez en cuando nuestros oídos. El rugido de los leones que cerca del Anfiteatro sorprendió á Sebastian sin que le intimidara, las noticias de Oriente, las indicaciones de Fulvio y las amenazas de Corvino, todo parece advertirnos que no tardarán en renovarse los horrores de una persecución y que la sangre cristiana regará, más noble y más copiosa que nunca, el Paraiso de la nueva Ley. La Iglesia, siempre inalterable y pródiga, no ha dejado de advertir las señales del próximo combate y de prepararse para sostenerlo con los medios necesarios; y de ese momento arranca la segunda parte de nuestra narración.

Era á últimos de Octubre cuando un joven á quien ya conocemos, cautamente embozado en su toga, pues era al anochecer y el tiempo estaba fresco, caminaba por los tortuosos callejones del distrito llamado *Suburra*, cuya extensión y topografía no han sido todavía determinados con exactitud, pero que indudablemente estaba inmediato al Foro; y como por desgracia la pobreza suele ser compañera inseparable del vicio, una y otro tenían allí un asilo común.

Pancracio, que era el joven aludido, no debía conocer mucho aquella parte de la ciudad, y tuvo que dar varios rodeos antes de acertar con la calle que buscaba; y además, como las casas no estaban numeradas, era el encontrar la que quería un problema asaz difícil, aunque no insoluble. Examinó cuál era la de mejor aspecto, y habiéndole llamado especialmente la atención una que se distinguía entre las demás por su pulcritud y buena apariencia, llamó sin vacilar á su puerta. Abrióla un anciano cuyo nombre nos es ya conocido: Diógenes. Era éste un hombre alto, de anchos hombros y algo encorvado, no tanto por su edad

como por la costumbre de llevar objetos de mucho peso. Sus cabellos, que le caían por las sienes, eran blancos como la plata, y en su arrugado semblante aparecía impresa cierta melancolía acompañada de solemne tranquilidad. En él se adivinaba á simple vista al hombre que ha pasado buena parte de su vida entre los muertos, sintiéndose feliz en su compañía. Estaban á la sazón con él sus dos hijos, Mayo y Severo, jóvenes robustos y de atléticas formas; ocupado el primero en grabar un tosco epitafio sobre una vieja lápida de mármol en cuyo reverso descubriáanse aún vestigios de una inscripción sepulcral pagana; mientras su hermano estaba delineando sobre una tabla, con ánimo de trasladarlo después á otra parte de un modo más permanente, un tosco dibujo de forma convencional, en el que podían reconocerse las figuras de Jonás tragado por la ballena y de Lázaro resucitado. En cuanto á Diógenes, cuando Pancracio llamó á la puerta, estaba ocupado en poner un mango nuevo á una azada.

Tan diversas ocupaciones en una misma familia hubieran sin duda extrañado á un hombre de nuestros días, pero no causaron la menor sorpresa al joven vis tante, pues sabía que aquella familia pertenecía al honrado y religioso gremio de los *Fossores*, ó sepultureros de los cementerios cristianos, del cual era Diógenes jefe y director.

Una serie de interesantes inscripciones descubiertas en el cementerio de Santa Inés prueban que esta profesión estaba como vinculada en algunas familias, pues se ve por ellas que abuelos, padres é hijos la ejercían sucesivamente en una misma localidad. Sólo así cabe comprender la suma pericia y la uniformidad del sistema que se observa en las Catacumbas. Ciertamente los *Fossores* ejercían en aquel mundo subterráneo una misión elevada y hasta cierta jurisdicción. Aunque la Iglesia facilitaba espacio para la sepultura de todos sus hijos, era natural que si alguno deseaba ser sepultado en sitio especial, por ejemplo cerca la tumba de un mártir, diese en cambio algun estipendio. Los *Fossores* eran los encargados de esta especie de contratos, segun se consigna con frecuencia en las lápidas de los antiguos cementerios (1).

(1) El cardenal Wiseman cita la siguiente inscripción que en su tiempo subsistía aún en el Capitolio:

EMPTV LOCVM AB ARTEMISIVM VISOMVM HOC EST  
ET PRAETIUM DATVM FOSSORI HILARO IDEST  
FOL NOOD PRAESENTIA SEVERI FOSS ET LAVRENTI.

«Este es un sepulcro para dos cuerpos, comprado por Artemisio; y su precio fué entregado al fossor Hilario, á saber:... (el precio está en cifras ininteligibles). En presencia de Severo el fossor y de Lorenzo.»

Pancracio, después de estar entretenido un rato contemplando los defectuosos ejercicios de Mayo en el arte del grabado, preguntóle:

—¿Eres tú el que graba siempre estas inscripciones?

—¡Oh, no! respondió el artista levantando la cabeza y sonriéndose. Yo no grabo sino para los pobres que no pueden pagar una mano más hábil.

Pancracio leyó la inscripción, que con palabra y frase incorrectas decía así:

#### DE BIANOBA

#### POLLECLA QVE ORDEV BENDET DE BIANOBA (1)

—Esta lápida—continuó diciendo Mayo—está destinada á una buena mujer que tenía una tiendecita en la *Via Nova*, y bien podeis creer que no sería rica ni mucho menos, siendo como era muy honrada. No obstante, mientras estaba esculpiendo la piedra se me ha ocurrido un curioso pensamiento.

—Sepamos cuál.

—El pensamiento de que, tal vez de aquí á mil años, los cristianos podrán leer con respeto en la pared estos garabatos míos y recordar con interés á la pobre vieja Pollecla y su tenducho, mientras los epitafios de los Emperadores que hayan perseguido á la Iglesia, ó no serán leídos, ó serán del todo ignorados.

—A la verdad,—objetó Pancracio,—no concibo que los soberbios mausoleos de los soberanos puedan desmoronarse por completo, y que tan remotos tiempos haya de alcanzar la memoria de una humilde y oscura tendera. ¿En qué te fundas para pensar así?

—No en otra cosa—respondió Mayo—sino en mi deseo de que la posteridad guarde más bien la memoria de un pobre virtuoso que la de un rico malvado. Y en este concepto ¿no pudiera suceder que mi tosco epitafio fuese leído cuando ya ni las ruinas quedasen de los arcos de triunfo? Y eso que mi escritura es horriblemente mala, ¿no es verdad?

—No te preocupe esto: la sencillez de tu obra vale tanto seguramente como la más delicada y correcta inscripción... Pero, dime: ¿qué lápida es aquella arrimada á la pared?

—¡Oh! es un hermoso epitafio que nos han traído para colocar. Como observaréis, son bien distintos el escritor y el artífice. Está destinado al cementerio de la quinta de la señora Inés en la vía Nomentana, y creo que está dedicado á la memoria de un

(1) «De la calle Nueva, Pollecla, que vende cebada en la calle Nueva.» (Hallada en el Cementerio de Calixto).

gracioso niño cuya muerte ha sumido en la mayor aflicción á sus virtuosos padres.

Pancracio acercó una luz á la lápida y leyó lo siguiente:

«AQUÍ REPOSA ENTRE LOS SANTOS EL INOCENTE NIÑO DIONISIO. ACUÉRDATE, EN TUS SANTAS ORACIONES, DEL ESCRITOR Y DEL ESCULTOR.»

—¡Querido y dichoso niño!—exclamó Pancracio,—acuérdate también de mí en tus santas oraciones, juntamente con el que escribió y el que grabó tu epitafio que acabo de leer.

—¡Amen!—añadió la piadosa familia.

Pancracio, que acababa de notar cierta alteración en la voz de Diógenes, volvióse hacia él y viole forcejeando para cortar la extremidad de una pequeña cuña que había introducido en el mango de la azada con el fin de asegurar más el hierro; y como si se lo impidiese algún estorbo que tuviera en la vista, se restregaba de cuando en cuando los ojos con el envés de su callosa mano.

—¿Qué teneis, mi buen amigo?—le preguntó el hijo de Lucina con amable solicitud.—¿Por qué os conmueve tanto el epitafio de este niño?

—Porque ese epitafio me recuerda tantos sucesos pasados y me hace presagiar tantos venideros, que de sólo pensarlo me siento conmovido en el fondo de mi alma.

—Y ¿qué dolorosos pensamientos son esos?

—Os diré: nada más sencillo que coger en brazos el cadáver de un niño como Dionisio, y envuelto en un lienzo y embalsamado con aromas, depositarlo en su tumba. Le llorarán sus padres, mas poco á poco se consolarán de su pérdida... Pero es muy distinto y requiere un corazón tan endurecido por el hábito como el mío (y volvió á restregarse los ojos con la mano) recoger á toda prisa los ensangrentados y lacerados miembros de tal otro inocente, envolverle con no menor precipitación en un sudario, cubrirle luego con un lienzo, no ya embalsamado, sino lleno de cal, y encerrarle al momento en su tumba... (1) ¡No es así como quisiera uno tratar el cuerpo de un mártir!

—Es mucha verdad, Diógenes; pero un capitán valiente prefirió en el campo de batalla la tumba del soldado á un sarcó-

(1) En algunos sepulcros del cementerio de Santa Inés encontráronse pedazos de cal en los que se veían exactamente impresas diversas partes de un cuerpo humano, en los cuales se descubría aún la existencia de un lienzo fino interior y de otro exterior más basto. En cuanto á los bálsamos y aromas, observa Tertuliano que «los Arabes y los Sabeos aseguraban que los cristianos los consumían todos los años para sus muertos en mayor cantidad que el mundo pagano para sus dioses.»

fago primorosamente esculpido á lo largo de la vía *Appia*. Empero, escenas tales como las que habeis descrito ¿son muy frecuentes en tiempo de persecución?

—No son ciertamente extraordinarias, mi buen señor. Estoy seguro de que un adolescente tan piadoso como vos no habrá dejado de visitar, el día de su aniversario, la tumba de Restituto en el cementerio de Hermes.

—En efecto, y muchas veces casi he envidiado su temprano martirio. ¿Acaso le disteis vos sepultura?

—Si, ciertamente; y por más señas que sus padres le hicieron construir un hermoso sepulcro en el *arcosolium* (1) de su cripta. Se lo construimos mi padre y yo con seis losas de mármol reunidas aceleradamente: la inscripción la grabé yo, y me parece (añadió sonriendo) que lo hacia entonces algo mejor que Mayo.

—Lo cual no es alabaros mucho, padre mío,—interrumpió el hijo sonriendo á su vez;—y si no, aquí está la copia de la inscripción que escribisteis.

Y sacó de entre varias hojas un pergamino que mostró á Pancracio.

—Lo recuerdo perfectamente,—dijo éste pasando la vista por encima; y corrigiendo los errores ortográficos, pero nó los gramaticales, leyó así:

AELIO FABIO RESTVTO  
FILIO PISSIMO PARI N  
TES FECERVNT QVIVI  
XIT ANNI. S XVIII MENS  
VII INIRENE. (2).

—¡Qué gloria para un joven—exclamó Pancracio—haber confesado á Cristo en tal edad!

—No hay duda que sí,—añadió el anciano;—pero vos pensaréis, de fijo, que su cuerpo es el único que reposa en aquel sepulcro, y así lo creerá cualquiera leyendo la inscripción.

—En efecto, esta era mi creencia.

—Pues bien, noble Pancracio, os diré que junto á él yace un compañero todavía más joven. Cuando íbamos á cerrar la tumba de Restituto nos trajeron el cuerpo de un niño que sólo contaría doce ó trece años... ¡Oh! nunca olvidaré aquel espectáculo! Le

(1) Así se llamaban los sepulcros semicirculares ó en arco.

(2) «A Elio Fabio Restituto, su muy piadoso hijo, erigieron (este sepulcro) sus padres. Quien vivió diez y ocho años y siete meses. En paz.»

habían suspendido sobre una hoguera, y el fuego había penetrado su cabeza, el tronco y todos sus miembros hasta los huesos, dejándole horriblemente desfigurado. ¡Pobre niño, cuánto debió sufrir!... Y sin embargo, ¡dichoso él!... Pues bien; apremiando el tiempo y pensando que el pobre soldado de diez y ocho años no negaría un poco de lugar á su compañero de doce, antes bien le recibiría como á un hermano menor, lo depositamos á los piés de Elio Fabio. Pero no teníamos una redoma llena de su propia sangre para ponerla sobre el sepulcro é indicar que yacía allí otro mártir, porque el fuego había consumido toda la que corría por sus venas (1).

—¡Noble y generoso muchacho!—exclamó Pancracio.—Si Restituto era mayor que yo, este otro era más joven. ¿No os parece muy posible, Diógenes, que el día menos pensado tengais que hacer lo propio conmigo?

—¡Oh, no! ¡espero que no será así!—dijo el buen anciano con voz de nuevo alterada.—Os suplico que alejéis de vuestra mente tal idea. Seguramente llegará primero mi hora... Pues ¡qué! ¿han de ser respetados los árboles viejos y segadas las tiernas plantas?

—Vamos, vamos, mi buen amigo, dejemos esta conversación, pues no quiero afligiros... Por cierto que ya me había olvidado del asunto que me ha traído aquí. Conviene que mañana al rayar el alba vengais á casa de mi madre para concertar la manera de preparar los cementerios en vista de la persecución inminente. Allí estará nuestro santo Pontífice, los presbíteros de las iglesias, los diáconos de los distritos, los notarios, cuyo número está ya completo, y no debéis faltar vos, como jefe de los sepultureros, á fin de que podais todos obrar de común acuerdo.

—No faltaré, Pancracio.

—Y ahora—añadió el mancebo—quisiera pedir os un favor.

—¡A mí un favor!—exclamó sorprendido Diógenes.

—Sí; lo espero, y os diré cuál. Supongo que deberéis comenzar prontamente los trabajos en nuestros sagrados cementerios; y si bien los he visitado por devoción repetidas veces, nunca los he examinado ni estudiado, y á este fin quisiera recorrerlos con vos, que tan bien los conocéis.

(1) Esta tumba fué descubierta el día 22 de Abril de 1823. Estaba intacta, y dentro de ella se encontraron huesos blancos y pulidos como el marfil, que parecían corresponder al cuerpo de un joven de diez y ocho años. Cerca de su cabeza estaba la redoma de sangre. A sus piés, y tocando en ellos con la cabeza, yacía el esqueleto de un niño de doce ó trece años, ennegrecido y chamuscado, principalmente el cráneo y la parte superior del tronco hasta la mitad del fémur, desde donde hasta los piés iban siendo los huesos gradualmente más blancos. Ambos cuerpos, ricamente envueltos, reposan juntos debajo del altar del colegio de Padres Jesuitas de Loreto.

—Nada más grato para mí, —contestó Diógenes.—Tan pronto como haya recibido instrucciones, iré al cementerio de Calixto. Venid á encontrarme en la puerta Capena (1) al medio día, y juntos iremos allí.

—Pero debo advertiros que no vendré solo,—observó Pancracio.—Dos jóvenes recién bautizados desean también conocer nuestros cementerios, y me han suplicado se los enseñe.

—Todo amigo vuestro será siempre bien recibido; pero decidme sus nombres para evitar una equivocación.

—El uno es Tiburcio, hijo de Cromacio, el anterior prefecto: el otro es un joven llamado Torcuato.

Al oír este nombre hizo Severo un ligero movimiento de sorpresa y dijo:

—¿Estais bien seguro de ese joven, Pancracio?

—Basta que venga en compañía suya para que merezca nuestra confianza,—respondió Diógenes como reprendiendo á su hijo.

—Confieso—dijo Pancracio—que no conozco á Torcuato tan á fondo como á Tiburcio, que es realmente un bueno y noble hermano; pero le veo muy ansioso de enterarse de nuestras cosas, y paréceme que no hay motivo para dudar de su buena fe. Pero ¿qué te hace temer, Severo?

—Tal vez sea una bagatela. Es el caso que, yendo esta mañana muy temprano al cementerio, entré en los baños de Antonino (2).

—¡Hola!—interrumpió Pancracio riendo:—¿también tú frecuentas tan aristocráticos sitios?

—No precisamente; pero vos ignorais acaso que Cucumio el *capsarius* (3) y su esposa son cristianos.

—¿Es posible? De manera que ya encontramos á los nuestros en todas partes.

—Cierto; y además los dos esposos se hacen construir su propio sepulcro en el cementerio de Calixto. De ahí mi visita de hoy para enseñarles la inscripción compuesta al intento por mi hermano. Pues bien, como iba diciendo, al penetrar en el edificio no fué poca mi sorpresa viendo, allá en un rincón, á ese Torcuato departiendo reservadamente con Corvino, el hijo del actual prefecto... aquel que fingiéndose lisiado se introdujo, como ya recordaréis, en casa de Inés el día en que una persona caritativa y desconocida (¡Dios la bendiga!) hizo repartir cuantiosas limosnas á los pobres. Con que, he creído que para un

(1) Hoy de San Sebastián. La antigua *Porta Capena* distaba cerca de una milla menos de donde se halla la actual.

(2) Más conocidos por baños de Caracalla.

(3) La persona encargada de guardar la ropa de los que se bañaban, cerrada en una caja, en latín *capsa*.

cristiano tal compañía no era buena, y menos en tal sitio y á tal hora.

—Es mucha verdad,—dijo Pancracio vivamente sonrojado: —pero como Torcuato es tan nuevo en la fe, probablemente sus antiguos amigos ignoran su conversión. Evitemos, pues, todo juicio temerario, y esperemos que todo será para mejor bien.

Pancracio iba á retirarse y los dos hermanos se ofrecieron á acompañarle hasta salir de aquel barrio, tan pobre como inseguro. Aceptó él con agrado tan cortés ofrecimiento, y salió de allí despues de dar cordialmente las buenas noches al anciano sepulturero.

II

Los cementerios

Entre los personajes que figuran en esta historia hay uno de quien parece nos hayamos olvidado, y cuyo carácter y pensamientos dimos á conocer al principio: la piadosa Lucina. Su vida pacífica y retraída y sus recatadas virtudes no eran de las que brillan en el teatro del mundo: su casa, además de ser, ó mejor de contener, un *titulo* ó iglesia parroquial, había sido distinguida con el honor de albergar al Sumo Pontífice, que la había elegido por su morada. La proximidad de una violenta persecución, en la que serían las primeras víctimas los jefes del reino espiritual de Jesucristo, calificados de enemigos del César, hacía necesario que la Cabeza de la Iglesia trocarse su residencia ordinaria por un asilo más seguro, eligiéndose al efecto la casa de Lucina; y en ella continuó, con gran consuelo de la piadosa matrona, durante aquel pontificado y el siguiente, hasta que se mandó trasladar á ella las fieras del Anfiteatro para que las alimentase y cuidase el Papa Marcelo con sus propias manos: horrible pena que no tardó en acabar con la vida del Pontífice.

Admitida en el Orden de las Diaconisas á la edad de cuarenta años (1), Lucina encontró un vasto campo de acción en los deberes de su cargo. El cuidado y vigilancia de las mujeres en

(1) La edad comunmente requerida era la de sesenta años, pero algunas veces concedíase la admisión á los cuarenta.

la iglesia, la asistencia á las pobres y enfermas, el arreglo y conservación de las vestiduras sagradas y paños del altar, la instrucción de las niñas y mujeres recién convertidas que se preparaban para el bautismo; tales eran los deberes de las diaconisas, deberes que absorbían á Lucina gran parte de su tiempo á más del que empleaba en sus atenciones domésticas. En el cumplimiento de estas dos clases de deberes pasaba tranquilamente su vida, pareciéndole haber logrado con ellos el principal objeto de sus aspiraciones. Pancracio, su hijo, habíase ofrecido espontáneamente á Dios y vivía dispuesto á dar su sangre por la fe. Velar y orar por él lo consideraba Lucina como un placer más bien que como una obligación.

A hora muy temprana del día señalado tuvo efecto la reunión de que hablábamos en el capítulo precedente. Bastará decir que en ella se dieron todas las instrucciones oportunas para aumentar la colecta de limosnas, que debían invertirse en agrandar los cementerios y enterrar los muertos, en socorrer á los que se hallaban ocultos á causa de la persecución, en mantener á los presos y conseguir el acceso hasta ellos, y por último en rescatar los cuerpos de los Mártires. Nombróse un notario para cada distrito de la ciudad, encargado de recopilar sus Actas y registrar los sucesos más notables. Los cardenales ó presbíteros de las iglesias titulares recibieron instrucciones referentes al modo de administrar durante la persecución los sacramentos, en particular el de la santa Eucaristía, designándosele á cada uno de ellos uno ó más cementerios, en cuyas iglesias subterráneas habían de celebrar los sagrados misterios (1). El santo Pontífice eligió para sí el de Calixto, lo cual llenó de cierto inocente orgullo á Diógenes, como que era el sepulturero mayor.

Más bien que entristecerle, los presentimientos de una próxima persecución parecían regocijar al buen viejo: ningún jefe

(1) Roma estaba circuná de unos sesenta de esos cementerios, cada uno de los cuales se designaba con el nombre de uno ó más Santos cuyos cuerpos yacían en ellos, como por ejemplo los cementerios de los Santos Nereo y Aquileo, de Santa Inés, de San Pancracio, de Pretextato, de Priscila, de Hérmes, etc. A veces tomaban el nombre de los sitios que ocupaban, como *Ad Nymphas*, *Ad Ursum pileatum*, *Inter duas lauros*, *Ad Sextum Philippi*, etc. El cementerio de San Sebastián, que solían designar con el nombre de *Cæmeterium ad Sanctam Cæciliam*, tenía otros varios, entre ellos el de *Ad Catacumbas*; y aunque se ignora completamente la significación de este vocablo (formado, según parece, de una preposición griega y un verbo latino), podría muy bien atribuirse á la circunstancia de haber estado enterradas en él por algún tiempo las reliquias de san Pedro y san Pablo, en una cripta que aún existe cerca de aquel cementerio. Aplicado, pues, en un principio á un solo cementerio particular el nombre de *catacumbas*, fué generalizándose más tarde hasta convertirse en la frase común y familiar con que se designa todo el sistema de esas excavaciones subterráneas.

encargado del mando de una fortaleza hubiera transmitido sus órdenes con mayor actividad y energía que la empleada por él con sus subalternos encargados de guardar los diversos cementerios que había al rededor de Roma, convocándolos en su casa para comunicarles las instrucciones dictadas en la asamblea.

La sombra del cuadrante solar de la puerta Capena señalaba medio día cuando Diógenes y sus dos hijos salían por ella al encuentro de los tres jóvenes que le estaban ya esperando. Yendo de dos en dos continuaron su camino por la vía Apia; y como á dos millas de distancia escurriéronse por entre los sepuleros contiguos á la vía y llegaron por distintas veredas á una quinta situada á mano derecha. Allí encontraron todo lo necesario para descender á los cementerios subterráneos: antorchas, linternas, pedernales, y otros avíos que pudieran convenirles (1). Severo propuso que, siendo igual el número de los guías y el de los visitantes, se aparejasen como compañeros uno de aquellos con uno de los segundos; y acordado así procuró Severo que Torcuato fuera con él, siendo el motivo fácil de adivinar.

Antorcha en mano, comenzaron á recorrer lentamente una larga y estrecha galería, sin desviarse hacia ninguna de otras muchas que la cruzaban, deteniéndose á menudo y leyendo diversas inscripciones, á la vez que Diógenes iba satisfaciendo á las preguntas que le hacían los jóvenes y dándoles cortas explicaciones sobre los asuntos que consideraba podían llamar su atención (2).

(1) El descenso á las catacumbas se hace generalmente desde su boca misma por unos escalones muy pendientes practicados más abajo de la capa de arena movediza y deleznable hasta la ya endurecida como piedra, no muy dura, pero consistente, y en cuya superficie se distingue claramente la huella del azador ó del pico. Hasta aquí la profundidad forma tan sólo el primer piso del cementerio, pues se sigue bajando por escalones que conducen á un piso segundo y aun á otro tercero, construídos según el mismo plan.

(2) Divídense las catacumbas en tres partes: pasadizos ó calles, aposentos cuadrados (*cubicula*), é iglesias. Los pasadizos son galerías largas y estrechas, cortadas con bastante regularidad, de modo que el pavimento y el techo forman ángulos rectos con los costados, pero tan estrechas á veces que apenas pueden pasar de frente dos personas. Suelen prolongarse dos galerías en línea recta hasta una gran distancia; pero siempre cruzadas por otras, que á su vez lo están por otras, de modo que forman un intrincado laberinto de calles subterráneas en cuya complicada red sería tan funesto como fácil perderse.

Pero estas galerías no han sido construídas solamente, como parece indicarlo su nombre, para conducir ó abrir paso á otra parte, sino que constituyen el cementerio, son la catacumba misma. Así sus paredes como las que rodean las escaleras son verdaderas colmenas de sepulturas; todas están horadadas por hileras de excavaciones grandes y pequeñas, de capacidad proporcionada para contener el cadáver de un niño ó de un adulto, y tendidas paralelamente á la galería. A veces se encuentran una sobre otra hasta catorce hileras de sepulturas.

Al fin Diógenes torció á la derecha, y mirando Torcuato con ansiedad al rededor, preguntó:

—¿Cuántas galerías laterales hemos pasado hasta aquí?

—Muchas,—respondió Severo á secas.

—¿Cuántas creéis que sean? ¿Diez? ¿Veinte?

—Así, poco más ó menos: nunca las he contado.

Bien las había contado Torcuato, pero quería asegurarse de si había llevado bien la cuenta.

—¿Y en qué conoceis—continuó preguntando—por dónde debe torcerse?... ¡Hola! ¿y esto qué es?

Y se inclinó como para examinar un pequeño nicho en una esquina; pero Severo, que no le perdía de vista, reparó que trazaba una señal en la arena.

—No nos detengamos,—le dijo,—pues nos falta mucho que ver, y además nos exponemos á perder de vista á los otros. Ese pequeño nicho sirve para colocar una lámpara, y los hay en cada esquina (1).

Este detalle tranquilizó algo á Torcuato; pero, no del todo satisfecho, siguió contando las galerías que pasaba; y con un pretexto cualquiera deteníase á cada instante para examinar las particularidades que ofrecían cada galería y cada esquina. Por supuesto que nada de esto se escapaba á Severo, que con ojos de lince seguía todos sus movimientos.

Entraron al fin por un arco y se encontraron en una estancia cuadrada, ricamente adornada de pinturas.

—¿Cómo llamáis á este sitio?—preguntó Tiburcio á Diógenes.

—Es una de las muchas criptas ó *cubicula* que hay en nuestros cementerios: algunas son simples sepulturas de familia, pero generalmente contienen el sepulcro de algún mártir, y en ellas nos reunimos el día aniversario. ¿Veis aquel sepulcro de en frente, que aunque está casi al nivel de la pared tiene encima un arco que le resguarda? Pues en tales ocasiones se convierte en altar para la celebración de los divinos misterios. Supongo que estais ya al corriente de cómo se celebran.

—Tal vez no lo estén mis dos amigos,—interrumpió Pancracio,—pues no há mucho que fueron bautizados; pero yo lo sé perfectamente. Es sin duda uno de los más gloriosos privilegios de los Mártires que la oblación del sagrado Cuerpo y de la preciosa Sangre del Señor se verifique sobre sus cenizas, que así

(1) Estas lámparas eran de barro cocido y construídas á propósito para las catacumbas, en donde se han encontrado muchas. Algunas ardían al lado de los sepuleros de los Mártires, alimentadas con aceite aromatzado.

descansan bajo los mismos pies de Dios (1). Pero examinemos más de cerca las pinturas que adornan esta cripta.

—Precisamente para que las veais os he introducido en esta cripta con preferencia á otras muchas de este cementerio: es una de las más antiguas y contiene una rica serie de pinturas desde los más remotos tiempos hasta nuestros días, pues algunas han sido obra de mi hijo.

—Pues bien, Diógenes, explicadlas por orden á mis amigos,—dijo Pancracio —Aunque la mayor parte de ellas me son conocidas, pero no todas, y tendré mucho gusto en oír vuestras explicaciones.

—No soy docto en la materia,—objetó modestamente el buen anciano;—pero cuando uno ha vivido sesenta años, ya desde niño, en las catacumbas, bien puede hablar de ellas mejor que otros, porque las ama como nadie.

Después de breve pausa añadió:

—Supongo que todos los que estais aquí presentes habréis sido ya iniciados en nuestra Religión.

—Todos,—contestó Tiburcio,—aunque no tanto como suelen serlo los catecúmenos. Torcuato y yo hemos recibido el don sagrado del Bautismo.

—Esto basta,—continuó Diógenes.—Las pinturas del techo son naturalmente las más antiguas, como que fueron ejecutadas cuando se excavó la cripta, al paso que las paredes fueron pintadas á medida que se iban abriendo las sepulturas. Como veis, hay pintada en la bóveda una vid cargada de racimos, imagen ciertamente de la verdadera Vid, de la cual somos los sarmientos. Allí teneis á Orfeo sentado y tañendo la lira, cuya dulce armonía atrae á su alrededor, no sólo á su rebaño, sino hasta las fieras del desierto.

—Pero eso es una pintura pagana,—interrumpió Torcuato en tono acre y sarcástico.—¿Qué tiene que ver Orfeo con el Cristianismo?

—Es sólo una alegoría, Torcuato,—observó suavemente Pancracio,—y una de las más bellas. Entre nosotros está per-

(1)

«Sic venerari ossa libet,  
Ossibus altare et impositum:  
ILLA DEI SITA SUB PEDIUS,  
Prospicit hæc, populosque suos  
Carminè propitiata fovèt.»

(PRUDENTIUS, III, 211)

«Así se nos ha dado venerar sus santos huesos y el altar sobre ellos levantado. Ella (santa Enlalia), descansando bajo los pies de Dios, ve estos homenajes y favorece á su pueblo, á quien se ha hecho propicia con cánticos de alabanza.»

La idea de que la Mártir descansa bajo los pies de Dios es una alusión á la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

mitido el uso de las imágenes gentílicas cuando son del todo inofensivas. En esta bóveda veréis adornos paganos que generalmente pertenecen á una época muy remota. Y por esto fué representado Nuestro Señor bajo el símbolo de Orfeo para preservar su sagrada imagen de las blasfemias y profanaciones de los Gentiles. Mirad ahora debajo de aquel arco, y veréis una representación más reciente del mismo asunto.

—Sí,—dijo Torcuato;—un pastor con una oveja en los hombros... El Buen Pastor: esa representación la entiendo porque recuerdo la parábola.

—Mas ¿por qué este asunto es preferido á los demás?—preguntó Tiburcio.—Lo he visto ya representado en otros cementerios.

—Fijad la vista en el *arcosolium*,—dijo Severo,—y veréis en él una representación más acabada de la escena. Pero mejor será que continuemos lo empezado y acabemos de examinar la bóveda. ¿Veis aquella figura de la derecha?

—Sí,—respondió Tiburcio;—es la de un hombre que parece sentado en una arca, y una paloma que hacia él vuela. ¿No representa el Diluvio?

—Justamente,—dijo Severo;—tal es su representación como emblema de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo, y también de la salvación del mundo. Ese es el símbolo de nuestro principio, y allí en aquella otra figura está la imagen de nuestro fin: Jonás precipitado al mar y engullido por una ballena, y luego más allá sentado alegremente en su cabaña. Es emblema de nuestra resurrección en el Señor y del descanso eterno, que es su fruto.

—¡Cuán apropiadas á este sitio son tales representaciones!—observó Pancracio.—Y aquí, en el lado opuesto, tenemos otro tipo de doctrina tan consoladora, la resurrección de Lázaro, y un poco más allá podéis ver una tierna alegoría de las esperanzas de nuestros padres durante la persecución: los tres mancebos en el horno encendido de Babilonia.

—Bien,—interrumpió Torcuato;—creo que podemos ya pasar al *arcosolium* y terminar el examen de esta cripta. ¿Qué significan esas pinturas que le rodean?

—En el lado izquierdo la multiplicación de los panes y peces,—respondió Severo.—El pez, como sabéis, un símbolo de Cristo.

—¿Por qué?—preguntó Torcuato algo impaciente.

Severo se volvió á Pancracio como invitándole á que, como más instruido, respondiese.

—Existen dos opiniones acerca el origen de este símbolo. Unos lo encuentran en la palabra misma, IXΘΥΣ (*Ichthys*, cuyas letras forman las iniciales griegas de los nombres siguientes: *Jesucristo Hijo de Dios Salvador*). Otros lo encuentran en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

el símbolo mismo, porque así como el pez nace y vive en el agua, así también nace el cristiano en las aguas del Bautismo y en ellas es regenerado con Cristo y por Cristo (1). De ahí que, según la interpretación que se da al símbolo, veamos en los sepulcros, ó la figura de un pez, ó bien su nombre. Prosigue ahora tú, Severo.

—La multiplicación de los panes y peces nos enseña como Cristo en la santa Eucaristía se convierte en alimento para todos. En frente está Moisés golpeando con su vara la roca y haciendo brotar el agua de la que bebió el pueblo escogido: imagen de Cristo, que es nuestra bebida como es nuestra comida (2).

—Por fin llegamos al Buen Pastor,—dijo Torcuato.

—Sí,—continuó Severo;—ahí le tenéis en el centro del *arcsolium* con su sencilla túnica y sus sandalias, y llevando en hombros una oveja, la oveja descarriada y vuelta al redil. A los lados hay otras dos figuras: el vagabundo carnero á la derecha, y la mansa oveja á la izquierda; es decir, el penitente y arrepentido en el puesto de honor. Además aparecen á uno y otro lado dos figuras y son evidentemente personas enviadas por El á predicar su doctrina: ambas, inclinadas hacia adelante, parecen dirigirse á dos ovejas que no son del rebaño. La de un lado está paciendote tranquilamente sin atender á lo que se le dice, mientras la del lado opuesto levanta la cabeza en ademán de mirar y escuchar atentamente al que la habla; y sobre las dos cae una lluvia copiosa, símbolo de la divina gracia.

—Mas ¿qué razón hay—preguntó Tiburcio—para que este símbolo sea tan á menudo usado con preferencia á otros?

—Creemos—respondió Severo—que esas pinturas y otras semejantes pertenecen en su mayor parte á la época en que la herejía novaciana affligió terriblemente á la Iglesia.

—Y ¿qué herejía era esa?—preguntó Torcuato distraida y negligentemente, como si creyese que estaba perdiendo el tiempo.

—Era y es aún—respondió Paneracio—la de enseñar que hay pecados que la Iglesia no tiene facultad de absolver, no consintiendo su enormidad que los perdone Dios.

Pasóle desapercibido á Paneracio el efecto producido por sus palabras; pero Severo, que hemos dicho ya no perdía de vista á Torcuato, vió demudársele repentinamente el rostro.

—¿Decís que eso es una herejía?—preguntó confundido el traidor.

—Y de las más abominables,—respondió Paneracio,—por-

(1) TERTULIANO: *De Baptismo*, lib. II, c. 2.

(2) El tipo de esta figura es el de San Pedro, tal como se nos representa en los cementerios. En un vidrio en que está pintada esta escena el personaje que hiere la roca lleva escrita sobre la cabeza la palabra *Petrus*.

que limita la misericordia de Aquel que vino al mundo, no para llamar al arrepentimiento á los justos, sino á los pecadores. La Iglesia católica ha sostenido siempre que un pecador, sea cual fuere el número y enormidad de sus culpas, puede obtener el perdón de ellas si se arrepiente de veras mediante la oportuna penitencia. De aquí la predilección en que es tenido ese tipo del Buen Pastor, dispuesto siempre á correr al desierto en pos de la oveja descarriada.

—Pero supongamos —dijo Torcuato visiblemente emocionado—que uno, después de hacerse cristiano y de recibir la gracia bautismal, incurriese en la apostasia, recayera en el vicio, y... y... (la voz parecía faltarle) estuviese á punto de hacer traición á sus propios hermanos, ¿no le cerraría la Iglesia enteramente la puerta de la esperanza?

—No, de ningún modo,—respondió Paneracio;—precisamente son esos los delitos por cuyo perdón recriminaban los novacianos á los católicos. La Iglesia es una madre que tiene siempre abiertos los brazos para recibir á sus hijos extraviados.

Brilló una lágrima en los ojos de Torcuato, entreabriéronse sus labios é iba á confesar su delito; pero como si un dogal le anudase la garganta, enmudeció, recobró el rostro su anterior expresión, mordiése los labios, y con afectada calma dijo:

—Es ciertamente una doctrina consoladora para quienes la han menester.

Sólo Severo advirtió cuán desaprovechado había sido aquel toque de la divina gracia y que algún funesto pensamiento había extinguido en aquel corazón un rayo de esperanza.

En este instante volvieron Diógenes y Mayo, que se habían alejado un poco para examinar un sitio en donde se proponían abrir una nueva galería.

Torcuato, volviéndose al anciano sepulturero, expresóle su deseo de visitar la iglesia donde habían de reunirse los cristianos.

Diógenes, que nada sospechaba de Torcuato, iba á condescender con su petición, cuando el inflexible Severo intervino diciendo:

—Me parece, padre, que es ya demasiado tarde, y bien sabéis que tenemos varios trabajos para concluir. Nuestros compañeros nos dispensarán, tanto más cuanto debiendo officiar el santo Pontífice, tendrán pronto una ocasión mejor y más propicia para ver la iglesia.

Conformáronse todos con lo propuesto por Severo, y al llegar de nuevo al punto donde habían dejado la galería principal para entrar en las laterales, les detuvo Diógenes, y adelantándose algunos pasos hacia un pasadizo que tenían en frente, les dijo:

—Cuando queráis dirigiros á la iglesia, tomad este corredor



y torced á la derecha. Ahora sólo me he propuesto enseñaros un *arcosolium* adornado con una hermosa pintura. Vedla: es la Virgen María, que tiene en sus brazos al Divino Niño mientras le están adorando los Magos del Oriente; y el personaje que está detrás de la Virgen mostrando con la diestra al Divino Infante es San José.

Mientras todos admiraban la pintura, el pobre Severo sentía hondo disgusto porque su padre, inadvertidamente, había orientado á Torcuato en lo que deseaba saber, ya enseñándole el corredor que conducía á la iglesia, ya llamándole la atención sobre un sepulcro cuya pintura había de servirle de guía segura.

Cuando Pancracio y sus dos amigos se hubieron alejado, manifestó Severo á su hermano todas sus observaciones y sospechas, y terminó expresándole el temor de que Torcuato sería para los cristianos ocasión de muchos disgustos.

Acto continuo los dos hermanos procuraron borrar todas las señales que Torcuato había trazado en los ángulos de las galerías; y no pareciéndoles suficiente tal precaución, resolvieron dar otra dirección al camino, obstruyendo la entrada actual y abriéndola en otra parte. Al efecto transportaron gran cantidad de arena de recientes excavaciones hechas en la extremidad de una galería que cruzaba la principal, y la dejaron amontonada allí hasta que los fieles tuviesen conocimiento del cambio proyectado.

### III

#### Sublime filosofía

Terminada nuestra excursión subterránea, no le pesará al lector acompañarnos otra vez á la Campania, *Campania Felix*, como le plugo llamarla á un escritor de la antigüedad. Allí dejámos á Fabiola con la imaginación preocupada por algunas sentencias que casualmente vinieron á sus manos y á las cuales no sabía qué interpretación dar. Deseaba vivamente comprender á fondo su sentido, tanto que se propuso consultar á otras personas de reconocido talento; pero aunque en días sucesivos la visi-

taron algunas, no pudo resolverse á mostrarles aquellas misteriosas sentencias.

La primera de dichas visitas fué de una dama que llevaba una vida semejante á la de Fabiola, filosóficamente irreprochable, pero friamente virtuosa; y su conversación fué girando sobre las opiniones que á la sazón estaban más en boga. Iba ya Fabiola á enseñar á su visitante aquel pergamino que tanto la atormentaba, pero contúvose al punto, como si le hubiese parecido cometer una profanación. Otro día recibió la visita de un docto personaje, muy versado en todo ramo de ciencia y de literatura, el cual hizo gala de su facundia enalteciendo las doctrinas de las escuelas antiguas: y aunque al pronto le pareció á Fabiola oportuno consultarle acerca de su descubrimiento, tampoco llegó á decidirse, pareciéndole que en aquellas misteriosas frases del pergamino se trataba algo muy superior á la comprensión de aquel sabio. ¡Era en verdad cosa extraña que la noble y altiva romana, ávida de luz y de consuelos, tuviese al fin que recurrir como instintivamente á su cristiana esclava! Y así fué también ahora. Aprovechando la primera ocasión de hallarse las dos solas, sacó Fabiola su pergamino y se lo enseñó á Syra. Apoderóse de ésta una súbita emoción, que pasó desapercibida á su ama, pero luego, al acabar su lectura, recobró instantáneamente la serenidad que comunmente se veía en su semblante.

—Este escrito—dijo Fabiola—vino á mis manos en la quinta de Cromacio, donde pedí una hoja para hacer una anotación, y equivocadamente sin duda me dieron esta, comenzada á escribir, y cuyo contenido atormenta mi imaginación, llenándola de dudas é incertidumbres.

—Pero, ¿cómo así, mi noble señora, si el sentido de estas palabras no puede ser más sencillo?

—Cierto, pero esta misma sencillez es cabalmente la que me confunde. Mis naturales tendencias se rebelan contra los sentimientos aquí expresados. Un hombre que no se resienta de una injuria recibida, ni sepa devolver odio por odio, sólo puede inspirarme desprecio. Perdonar, olvidar una ofensa, fuera ya demasiado; pero volver bien por mal, entiendo que es un sacrificio excesivamente contrario á la naturaleza humana... Y sin embargo, Syra, debo reconocer que tu conducta conmigo tiene mucho de esto que mi entendimiento rechaza como imposible.

—¡Oh! no habléis de mí, querida señora; pensad solamente en la sencillez de tal máxima, y considerad que vos misma respetáis á los que obran con arreglo á ella. ¿Despreciáis vos acaso, ó más bien no respetáis á Aristides, que por servir á uno de sus enemigos, que así se lo pedía, escribió él mismo su nombre en la tablilla donde se inscribían los votos para condenarle al